

Carta del Ministro general

**John Corriveau OFMCap**

# LA ORACIÓN LITÚRGICA

***CARTA CIRCULAR 19***

6 de enero del 2002

© Copyright by:

Curia Generale dei Frati Minori Cappuccini

Via Piemonte, 70

00187 Roma

ITALIA

tel. +39 06 420 11 710

fax. +39 06 48 28 267

[www.ofmcap.org](http://www.ofmcap.org/)

Ufficio delle Comunicazioni OFMCap

[info@ofmcap.org](mailto:info@ofmcap.org)

Roma, A.D. 2016

Sommario

[“Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma 7](#_Toc470104445)

[“Con sólo tocar su manto, me curaré” 13](#_Toc470104446)

[La liturgia debe modelar toda la vida de la Fraternidad 16](#_Toc470104447)

[CONCLUSIÓN 20](#_Toc470104448)

# 

# CARTA CIRCULAR 19 LA ORACIÓN LITÚRGICA

(Segunda parte de una serie)

**“¡Qué bien se está aquí!”**(*Mc*. 9, 5)

Prot. N. 00001/02

**A TODOS LOS HERMANOS Y HERMANAS DE LA ORDEN**

*Queridos hermanos y hermanas:*

1.1. Deseo comenzar esta carta manifestandoos mi agradecimiento por las respuestas que he recibido a la primera de esta serie de cartas sobre el tema de la oración. Esto me convence cada vez más de que “el espíritu de la santa oración y devoción” está verdaderamente operativo en medio de vosotros, como lo revela el tono de vuestros comentarios y la sinceridad de vuestras respuestas.

1.2. Me viene ahora a la memoria lo mucho que llamó mi atención un artículo sobre la religión aparecido en un periódico de la ex-Unión Soviética. El artículo, escrito por los años 60, traía la historia de una joven rusa que había participado en la liturgia del Sábado Santo. Después del servicio litúrgico, se acercó al sacerdote ortodoxo y le pidió ser bautizada. El sacerdote se dio cuenta de que la mujer ignoraba la mayor parte de los artículos del Credo e incluso que apenas creía en Dios. Admirado, el sacerdote le preguntó que por qué quería entrar en la Iglesia. Y ella respondió: “Deseo aquello”, refiriéndose a la ceremonia litúrgica de la que acababa de salir. Aquella mujer había experimentado la fuerza de Cristo resucitado en la comunidad cristiana recogida en oración. El misterio pascual le había llamado la atención.

1.3. Os invito a uniros conmigo en la meditación sobre la liturgia en nuestra vida, mientras pido al Señor que convierta nuestras liturgias en un verdadero testimonio de su benevolencia y de su amor “de modo que todos vean y sientan en nuestro semblante y en la vida de nuestras fraternidades la bondad y la benignidad de Dios presente en el mundo” (Const. 45, 8).

“Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma**,  
con toda la mente, y al prójimo como a ti mismo”**(*Lc* 10, 27)

2.1. Este es el gran mandamiento, el compendio de todas las enseñanzas del Señor. El texto se encuentra en los tres Evangelios sinópticos (cfr. Mt 22, 34-40; Mc 12, 28-34; Lc 10, 25-28), pero es en Lucas donde Jesús hace su proprio comentario (cfr. Lc. 10, 25-41). La espléndida parábola del buen samaritano explica la segunda parte del mandamiento: “`[amarás] al prójimo como a ti mismo”. Resulta impresionante el uso constante de términos de acción: “cuando lo vio... se compadeció... le vendó las heridas... le echó aceite y vino... lo montó en su cabalgadura... lo llevó a una posada... tuvo cuidado de él... sacó dos denarios” (Lc. 10, 33-35). El amor al prójimo es algo más que un simple sentimiento, mucho más que una emoción; es algo que hay que hacer, que realizar, con amor, concretamente y decididamente.

2.2. En su visita a Marta y María, Jesús da a entender cómo vivir la primera parte del mandamiento (“amarás al Señor tu Dios”) implica necesariamente el compromiso concreto del corazón, de la mente y de la vida: “María... sentada a los pies del Señor, escuchaba sus palabras” (Lc. 10, 39). Jesús concluye: “María escogió la parte mejor” (Lc. 10, 42). Es necesario que nuestro amor hacia el Señor sea algo más que una simple convicción teológica. Como el amor de Dios hacia nosotros se ha encarnado tangiblemente en la persona de Jesús -- que ha vivido, muerto y resucitado por nosotros -- así nuestra respuesta de amor, nuestro compromiso en seguirlo como discípulos, debe vivirse concretamente en nuestra vida cotidiana. Francisco lo ha comprendido intuitivamente. Su compromiso de fe al acoger el gran mandamiento de amar a Dios con todo el corazón, alma, fuerza y mente lo ha manifestado públicamente cuando ha declarado: “Desde ahora diré con libertad: ‘Padre nuestro, que estás en los cielos’ y no padre Pedro Bernardone” (2 Cel VII, 12). Con esta declaración Francisco ha abrazado el seguimiento de Cristo y se ha comprometido a vivir en su vida la misma relación que Jesús vivió con el Padre. Francisco “se sentó a los pies del Señor y escuchó sus palabras”.

2.3. Siguiendo de cerca la parábola del buen samaritano, no deja de sorprender la respuesta de Jesús a Marta. Después de todo, la pregunta de Marta era una petición para que la hospitalidad de su hermana María se expresara con el mismo amor “de hecho” que el que caracterizaba al buen samaritano. “Marta, Marta, te preocupas y te inquietas por muchas cosas... María escogió la parte mejor” (Lc. 10, 41-42). Si nuestra vida no está fundada en el seguimiento de Jesús y no se caracteriza por la contemplación, nuestros actos de amor hacia los demás pueden quedar a un nivel de simple respuesta humanística, civil, pero sin fuerza profética capaz de revelar la mano de Dios. Por eso, contemplación y servicio van íntimamente unidos en nuestras Constituciones:

“... ofrezcamos a los hombres testimonio de una auténtica oración, de modo que todos vean y sientan en nuestro semblante y en la vida de nuestras fraternidades la bondad y la benignidad de Dios presente en el mundo” (45,8).

Las Constituciones tienen un objetivo concreto. Señalando el hecho de que “la sagrada liturgia... es... cumbre de toda la actividad de la Iglesia y fuente de la vida cristiana” (47, 1), inmediatamente después afirman:

“Tengamos, por consiguiente, en máximo aprecio el misterio de la Eucaristía y el Oficio divino, que san Francisco quiso que informaran toda la vida de la fraternidad” (47, 2).

**“**... pues para esto [ Dios ] os ha enviado al mundo entero**,  
para que deis testimonio... que no hay otro Omnipotente sino El...”**(*CtaO* 9-10)

3.1. El capítulo séptimo del libro del profetas Miqueas se escribió en el periodo postexílico de la historia de Israel, un tiempo confuso y turbulento, en el que, tras las inspiración de sus profetas predicadores, el pueblo hebreo trataba de restaurar la nación de Israel. Dividido en tres partes distintas, el capítulo séptimo refleja el tentativo de llamar a la conversión a una comunidad que era sorda a la palabra de Dios.

3.2. El capítulo se abre con un análisis dramático de la vida social y religiosa de los hebreos que habitaban en la devastada tierra de Israel:

“Han desaparecido del país los hombres leales... todos acechan para matar, se tienden redes unos a otros... el juez se soborna ... el poderoso declara sus ambiciones... el hijo deshonra al padre, se levanta la hija contra la madre” (Miq. 7, 2.3.6).

El profeta ruega para que el juicio de Dios realice la conversión de su proprio corazón y, en una visión de fe, imagina una nueva realidad política y religiosa de su pueblo:

“Pastorea a tu pueblo con el cayado, a las ovejas de tu propiedad... que pasten como antaño en Basán y Galaad; como cuando saliste de Egipto, muéstranos tus prodigios” (Miq. 7,14.15).

El profeta termina con un himno de alabanza:

“¿Qué Dios como tu perdona el pecado?... No mantendrá siempre la ira, pues ama la misericordia... Así serás fiel a Jacob y leal a Abrahán, como lo prometiste en el pasado a nuestros padres” (Miq. 7,18.20).

3.3. “Esta clase [de demonios] sólo se puede echar con la oración” (Mc. 9, 29). La oración contemplativa de cada uno de los hermanos creará una visión de fe en la fraternidad: en el capítulo local “se fomenta la creatividad de todos y las cualidades personales concurren al bien común” (Const. 142, 2; en la revisión de las Const. del Cap. 2000, esta cita va en el nº 84, 2). Cuando se vive en una dimensión contemplativa, el capítulo local encuentra en la fraternidad los dones y la creatividad necesarios para abrirse un camino a través de la indiferencia de nuestro tiempo. Pero se requiere algo más. Ante la misión extremadamente difícil de crear la unidad en un pueblo desalentado y dividido, el profeta-predicador Miqueas hace un llamamiento al pueblo para alabar la fidelidad de Dios en su historia. Miqueas sabía ***qué es lo que*** debían hacer los hebreos, pero no veía ***cómo*** ellos humanamente hablando pudieran llevar adelante su compromiso; y entonces les exhorta a unirse en la alabanza común a Dios, que ***guía los acontecimientos*** de su historia. Nuestra oración de la Liturgia de las Horas, hecha con regularidad y recitada en común, ¿no debería cumplir la misma finalidad para nosotros? El salmo 150 pone claramente en evidencia la conexión que existe entre lo que Dios hace y nuestra respuesta de alabanza. Diez veces el salmista proclama e invita: *“¡Alabad al Señor!”* o “*¡Alabadlo!”,* en paralelismo -- se podría decir -- con las diez veces que en el Génesis los actos creadores de Dios van precedidos de la expresión: *“y dijo Dios...”.*

3.4. Francisco, nuestras Constituciones y, en un ámbito aun más amplio, la enseñanza de la Iglesia reevocan esta inspiración de Miqueas. Por ejemplo, cuando Francisco estaba enfermo y casi ciego compuso el maravilloso *Cántico de las Criaturas*. Cuando las relaciones interpersonales en Asís eran tensas debidas al antagonismo entre el corregidor y el obispo, Francisco añadió la estrofa de alabanza por aquellos que perdonan. Cuando se acercaba la muerte, Francisco añadió todavía la alabanza a la Hermana Muerte. Y al final de la *Primera Regla,* Francisco elevó la mente y el corazón de sus hermanos en un magnífico himno de alabanza a la Santísima Trinidad (cfr. Rnb XXIII). Lo mismo se dice en nuestras Constituciones que concluyen con un gran himno cristológico de alabanza (cfr. 186, 5-6). Después de habernos expuesto un programa de vida evangélica, tanto Francisco como las Constituciones -- a imitación del profeta Miqueas -- elevan la mente y el corazón de los hermanos en una alabanza común al Dios uno y trino, que permite que sucedan las cosas. La Liturgia de las Horas realiza en nosotros la misma misión diaria: “En la Liturgia de las Horas hablamos a Dios con palabras suyas tomadas de la Sagrada Escritura, y Dios mismo viene a nuestro encuentro y nos habla” (51, 1). Es por esta razón por la que las Constituciones especifican: “Por lo tanto, reúnase a diario toda la fraternidad, en el nombre de Cristo, para celebrar en común la Liturgia de las Horas. Cuando esto no pueda hacerse integralmente, celébrense en común al menos Laudes y Vísperas” (50, 2). Me satisface poder decir que las fraternidades de la Orden son fieles a la Liturgia de las Horas. Más todavía, muchas fraternidades han tomado con interés la recomendación de las Constituciones: “que se celebre con los fieles la Liturgia de las Horas, según las circunstancias de los lugares” (50, 3).

3.5. El definitorio general ha encontrado recientemente a los ministros y representantes de la Conferencia Capuchina Andina (CCA) en Lima, Perú. Durante aquellos días un grupo de hermanos jóvenes y de postulantes han prestado generosamente su trabajo. Pasando por la cocina después del almuerzo, he visto a dos hermanos jóvenes que lavaban los platos junto con los postulantes. Estaban rezando el rosario. El ejemplo de aquellos hermanos me hizo recordar otra exhortación de las Constituciones: “Se recomienda, además, que hagan lo mismo los hermanos [o sea, que recen juntos la Liturgia de las Horas] dondequiera que estén o se encontraren (50, 3). Si seguimos las recomendaciones de las Constituciones, ¿no se fortalecería más nuestra fe y nuestra esperanza?

3.6. Me agrada también comunicaros cómo también otra directiva de las Constituciones puede encontrar cada vez más acogida en la Orden. Es esta: “La Liturgia de las Horas sea viva y activa, con laudables intervalos de silencio... A imitación de san Francisco, que a menudo expresaba sus afectos mediante la música y el canto, celébrense cantadas las acciones litúrgicas” (51, 2-3). He tenido la experiencia de muchos momentos creativos de oración, en los que la Liturgia de las Horas se celebra de modo verdaderamente *vivo* y *activo.* Algunas pequeñas fraternidades que no tienen hermanos dotados de cualidades musicales, enriquecen la celebración litúrgica con la escucha meditativa de himnos y de música grabada. Conviene hacer notar que una fidelidad meramente mecánica y habitual a la Liturgia de las Horas no es suficiente. Más importante y mucho más indispensable son la fe y el amor que llevamos a la celebración. A medida que Francisco crecía en la vida espiritual, crecía también su estima por la liturgia, como bien pone de relieve en su Carta a toda la Orden. Escrita hacia el final de su vida nos da la posibilidad de penetrar en el alma del santo. El confiesa, cándidamente, sus pecados sobre la Liturgia de la Horas, cometidos “o por negligencia, o por mi enfermedad, o porque soy ignorante e indocto” (CtaO 39). El consejo que nos da respecto a la Liturgia de las Horas es breve pero eficaz. *La pureza del corazón* es la clave para una recitación adecuada y provechosa de la liturgia (CatO 42), de manera que “la voz sintonice con el alma, y el alma sintonice con Dios” (CatO 41). Tiempos de reflexión en silencio y escucha musical piden las Constituciones, de modo que “la palabra de Dios penetre más profundamente en nuestros corazones e informe con mayor eficacia toda nuestra vida” (51, 2). Los hermanos que ponen a disposición sus cualidades musicales y litúrgicas para enriquecer la vida de oración de las fraternidades contribuyen de manera inestimable a la vida de nuestra Orden.

“Con sólo tocar su manto, me curaré”(*Mc* 5, 28)

4.1. A través de la mirada contemplativa de Jesús la palabra de Dios penetraba en el corazón de los hombres. La humanidad sufriente encontró en Jesús el poder de Dios que sana. La gente curaba y se reconciliaba con Dios simplemente tocando o al ser tocada por Jesús:

“Había una mujer que llevaba doce años padeciendo hemorragias... Pues pensaba: ‘Con sólo tocar su manto, me curaré’” (Mc. 5, 25.28).

La humanidad ansía tocar el cuerpo vivo de Cristo y en ese encuentro quedar curada. Miremos a los millones de peregrinos que se acercan a la tumba del P. Pío y a nuestra fraternidad de S. Giovanni Rotondo. Tocando y con sólo ser tocada por nuestras fraternidades, la humanidad trata de experimentar la curación. El Papa Juan Pablo II ha dado expresión a este deseo cuando ha descrito nuestra Fraternidad capuchina como “un punto de referencia cordial y accesible para los pobres y para cuantos buscan con sinceridad a Dios” (cfr. *AOFMCap* 112 [1996] 566, n. 3). Nuestras Constituciones nos recuerdan que la Eucaristía tiene el poder de transformar cada una de nuestras fraternidades en una presencia que sana. Más recientemente el Papa ha tocado una cuerda que resuena en el corazón de los seguidores de Francisco y Clara. Escribiendo sobre los beneficios que se pueden obtener del Jubileo del 2000, anota:

“ Pero si quisiéramos individuar el núcleo esencial de la gran herencia que nos deja [la experiencia jubilar], no dudaría en concretarlo en la *contemplación del rostro de Cristo*: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino (*Novo Millennio Ineunte,* n. 15).

Si nos dedicamos a esta práctica diaria, seremos capaces de entrar más profundamente en la celebración de la liturgia, y al mismo tiempo aprendemos a ver a los demás con la mente y el corazón de Cristo.

4.2. “En la fracción del pan eucarístico, somos elevados a la comunión con Cristo y entre nosotros” (Const. 48, 2). En la fracción del pan, Jesús resucitado condujo a los dos discípulos de Emaús a un compromiso de discipulado transformado por la Cruz. Casi por medio de una nueva transfiguración ellos vieron la gloria de Dios resplandeciente en el rostro de Cristo al partir el pan. La Eucaristía abrió los ojos de su esperanza, los restableció en la unidad con la comunidad eclesial y los hizo volver a Jerusalén para comprometerse en la tarea de dar un sentido a un mundo desintegrado (cfr. Lc 24, 30-35). La Eucaristía transformó a los discípulos desanimados y divididos en una ***comunidad de esperanza***, fuente de unidad y de salvación para los demás. En la Eucaristía Jesús nos alimenta y restablece nuestra esperanza cuando, como los discípulos, también nosotros hemos estado pescando toda la noche sin resultados en un mundo olvidado de la palabra de Dios. Como a orillas del mar de Tiberiades, Jesús nos invita a echar de nuevo las redes a la otra parte (Jn 21, 3-6). Lo mismo que los discípulos también nosotros nos transformamos: de la desunión y de la derrota pasamos a la esperanza y a la salvación por medio de la Eucaristía.

4.3. En el sacrificio eucarístico, “en el que celebramos el misterio pascual de Jesucristo hasta que él venga” (Const. 48, 1). Jesús toma el pan y dice: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros...”; después tomó la copa y dijo: “Esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi sangre” (1 Cor. 11, 24-25). No olvidemos que ofreciendo el sacrificio eucarístico entramos dentro de la más poderosa oración de intercesión. La Oración eucarística en su totalidad está dirigida al Padre. Efectivamente decimos: “Padre, nosotros vemos lo que hay en nuestras manos, las manos de los pobres. Es el amor sacrificial de tu querido Hijo, su cuerpo y su sangre derramada por nosotros, el precio que El ha pagado para compartir plenamente con nosotros nuestro proprio ser humano”. Bajo las apariencias del pan y del vino tenemos en nuestras manos la muerte sacrificial de Jesús. El Padre ha recibido este “sacrificio agradable”. Así la Eucaristía hace presente y eficaz entre nosotros a Jesús muerto y resucitado para nuestra salvación. En el acontecimiento eucarístico el poder de la Cruz está vivo en medio de nosotros para sanar nuestras divisiones y hacernos embajadores de su reconciliación (cfr. Ef 2, 14; 2 Cor 5, 18.20). Una fraternidad formada por la Eucaristía se convierte en el cuerpo de Cristo que irradia el mismo poder sanador que respondió al fervoroso deseo de la mujer: “Con sólo tocar su manto, me curaré**”** (Mc 5, 28).

4.4*. “Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen;; diariamente viene a nosotros El mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote”* (Adm I, 16-18).

En la Última Cena Jesús ha dado el ejemplo supremo de cómo la vida de la Iglesia debe ser un servicio total de unos para con otros. En la celebración eucarística Jesús cada día se levanta de la mesa para lavar los pies a sus discípulos (cfr. Jn 13, 1-4). Por esto las Constituciones, citando a san Francisco (CatO, 29), nos exhortan a no “reservarnos nada de nosotros, a fin de que nos reciba enteramente aquél que enteramente se entrega a nosotros” (48, 1). La celebración eucarística es centro vital de una fraternidad de hermanos menores que quieren hacer a Jesús presente y activo en un mundo que desesperadamente tiene necesidad de su poder salvífico.

### La liturgia debe modelar toda la vida de la Fraternidad

5.1. “La Sagrada Liturgia... es... “cumbre de toda la actividad de la Iglesia y fuente de la vida cristiana (Const. 47, 1). Por esto san Francisco quiso que el misterio de la Eucaristía y la Liturgia de las Horas “informaran toda la vida de la fraternidad” (Const. 47, 2) y nuestras Constituciones dicen: “celébrese todos los días en nuestras fraternidades la misa de la comunidad” (48, 2).

5.2. Mucho queda por hacer para renovar la vida eucarística en nuestras provincias y fraternidades. Hablándonos en su *Testamento*, san Francisco insistía: “Y estos santísimos misterios sobre todas las cosas quiero que sean honrados, venerados y en lugares preciosos colocados” (11). Nuestros lugares de culto y los sitios donde se guarda la Eucaristía son ya bellos y muy dignos. Hoy san Francisco vería mejor la necesidad de insistir en una mayor preparación para las celebraciones eucarísticas en nuestras fraternidades y en nuestras iglesias. La proclamación de la palabra de Dios y las homilías que las exponen, el respeto hacia una justa distinción de los papeles litúrgicos y de su aplicación, la cuidada selección de la música, el uso de vestiduras adecuadas por parte de los celebrantes y de los concelebrantes, todo ello habla de nuestra reverencia hacia los “santísimos misterios”. Con referencia a las celebraciones de ámbito parroquial la Conferencia nacional de los obispos católicos de los Estados Unidos ha afirmado: “Celebraciones bien hechas promueven y alimentan la fe, celebraciones inadecuadas pueden debilitarla y destruirla” (cfr. *Music in Catholic Worship,* 6). El principio se puede aplicar también a nuestras fraternidades. La seriedad de nuestra fe en la Eucaristía debería tener su correspondencia en la seriedad con la que se prepara cada celebración.

5.3. Nuestras Constituciones establecen: “celébrese todos los días en nuestra fraternidades la misa de la comunidad. Donde no sea posible hacerlo a diario, celébrese al menos periódicamente y **participen todos los hermanos”** (48, 2). El trabajo, el estudio o los compromisos ministeriales perjudican con frecuencia la prioridad y la centralidad de la Eucaristía en nuestras fraternidades locales. En muchas provincias de la Orden, quedan aun fraternidades en las que los hermanos rara vez se reúnen al mismo tiempo en torno a un único altar para celebrar la Eucaristía. Debemos preguntarnos: ¿Es aun posible hablar hoy de fraternidad capuchina allí donde los hermanos rara vez o casi nunca se reúnen para celebrar **juntos** la Eucaristía? La Eucaristía debe ser algo más que una simple expresión de nuestro trabajo pastoral y ministerial hacia los demás. La Eucaristía es el centro vital de nuestra propias fraternidades. El primado de la Eucaristía para la vida capuchina requiere que “al menos periódicamente” se celebre la misa comunitaria con la participación de “todos los hermanos”. Las Constituciones nos invitan a reexaminar nuestros compromisos pastorales. Por ejemplo, en nuestras iglesias y parroquias donde hay cada día más misas, no se podría escoger un día de la semana (ciertamente ¡no el domingo!), en el que se tendría sólo una celebración eucarística, en la que todos -- todos los hermanos y los fieles – se reunieran en torno a la mesa del Señor? En nuestra fraternidades en las que los sacerdotes van a celebrar en distintas capellanías cada mañana, ¿no se podría elegir un día a la semana en el que las distintas personas que van a cada capellanía pudieran venir a nuestra iglesia o buscar un sacerdote que supla o celebre una liturgia de la palabra y de la comunión? Así los capuchinos lo mismo que las comunidades religiosos que ellos sirven podrían reunirse en torno a la Mesa del Señor.

5.4. En la Eucaristía la Iglesia primitiva experimentó la presencia del Espíritu Santo. Los dones de todos contribuían a llevar la palabra de Dios a sus respectivos ambientes:

“En la Iglesia de Antioquía había algunos profetas y doctores: Bernabé, Simeón el Negro, Lucio el Cireneo, Manaén... y Saulo. Durante una liturgia en honor del Señor acompañada de ayuno, el Espíritu Santo dijo: --Apartadme a Bernabé y a Saulo para la tarea a la que los tengo destinados. Ayunaron, oraron e imponiéndoles las manos, los despidieron” (Act 13, 1-3).

El Espíritu Santo ha dado a nuestra Fraternidad dones suficientes como para que podamos ayudar a nuestro mundo a oír la palabra de la salvación de Dios. Nuestra fraternidades locales tienen nuestros Bernabé, Lucio, Manaén, Saulo, cada uno dotado de los dones del Espíritu Santo. En la Eucaristía el mismo Señor resucitado abre nuestros corazones para poner estos dones al servicio de la Iglesia y del mundo.

**“**Dios... da vida a los muertos y llama a existir lo que no existe**”**  
(*Rom*. 4, 17)

6.1. Pablo exalta el poder de la fe en Dios que **“**llama a existir lo que no existe**”.** Por medio de la fe de Abrahán Dios “llama a existir” a la nación de Israel, y por medio de la fe de Pablo llama a la Iglesia de Roma. Del mismo modo, por medio de la fe de Francisco, Dios llama a la existencia a una nueva forma de vida evangélica (cfr. Test 14-15). Si estamos convencidos realmente que nuestro mundo puede experimentar la comunión sólo por medio del poder de “Dios [que] da vida a los muertos y llama a existir lo que no existe”, sólo entonces descubriremos verdaderamente la importancia crucial de la oración en nuestras fraternidades locales. La oración convierte el trabajo que hacemos en el mundo en una expresión de nuestra fe. Por este motivo con mucho cuidado y con conciencia clara debemos crear un ambiente de oración en cada fraternidad.

6.2. En un artículo titulado **“**La praxis eucarística en perspectiva ecológica: Pautas de oración para los capuchinos”, nuestro hermano fr. Edward Foley aplica la interrelación exixtente entre los ecosistemas de nuestro mundo dentro del ámbito de la vida de oración de los hermanos. Afirma que según nuestras Constituciones tres son los componentes fundamentales del auténtico ecosistema capuchino: la Eucaristía, la liturgia de las Horas y la contemplación. Luego continúa

“No se puede modificar o eliminar ningún elemento litúrgico en el ecosistema de una comunidad sin influir sobre los otros elementos litúrgicos presentes en la vida de la comunidad misma...Todos los elementos de la vida de oración de una comunidad están interrelacionados y deben respetarse como tales” *(Estudios Franciscanos*) [[1]](#footnote-1).

6.3. El compromiso de nuestras fraternidades locales para la evangelización de nuestro mundo queda incompleto y no bien centrado si no se hace una reflexión seria sobre nuestra fidelidad a la oración y sobre la cualidad de su manifestación litúrgica. La fidelidad a una oración de cualidad es el barómetro infalible de la seriedad y concretización de nuestra fe.

### CONCLUSIÓN

7.1. Con la nueva edición del Misal Romano, que está para publicarse en todo el mundo en las lenguas vernáculas, acompañada de una Instrucción General revisada (publicada ya en latín) estamos en el momento justo para hacer un examen completo sobre el modo en el que se desarrollan las celebraciones litúrgicas en nuestras fraternidades. Un hermano me habló una vez de una visita que hicieron a Taizé un grupo de estudiantes de liturgia. Un monje de la comunidad de Taizé los buscó para mantener con ellos un diálogo amistoso. Uno de los estudiantes preguntó al monje cómo la comunidad de Taizé había logrado hacer la liturgia tan significativa especialmente para los jóvenes, pero también para otros muchos. El monje respondió que ellos no habían intentado hacer algo “significativo”. Ellos concentraban todas sus energías en la celebración del culto divino, y esto -- con su propia eficacia -- creaba una poderosa atracción en todos los que participaban en la oración. ¡Tengo la esperanza de que nosotros podemos aprender de Francisco y Clara la manera adecuada para la celebración de la liturgia de nuestras fraternidades, de modo que nuestras liturgias puedan llevarnos a nosotros lo mismo que a otras personas más cercanas al Señor a obtener de El la fuerza que salva!

7.2. La red de pesca (cfr. Jn 21, 6-14) es una imagen de la Iglesia que habla a nuestra Fraternidad. “Salió Pedro arrastrando a tierra la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, no se rompió la red” (Jn 21, 11). Los ciento cincuenta y tres peces son una imagen de la humanidad y la universalidad del don de la salvación que nos viene de Cristo. La implantación de nuestra Orden en 95 naciones, en centenares de pueblos diferentes, indica que el Espíritu Santo nos ha confiado una responsabilidad especial en esta misión. La gran red que nos mantiene unidos está formada por los lazos de la fraternidad evangélica que subrayan nuestra específica encarnación de la comunión de la Iglesia. Esta es la fábrica del “entramado” capuchino:

“Una fraternidad de frailes menores, servidores del mundo; una fraternidad contemplativa; una fraternidad pobre y austera; una fraternidad implantada en medio de los pobres; una fraternidad dedicada a la justicia, a la paz, al respeto a la naturaleza; una fraternidad llena de calor humano” *(Carta Circular 11,* parágr. 1.3).

Que la renovación del espíritu de oración personal y litúrgica en nuestra Orden haga operativos nuestros múltiples dones para llevar la palabra de salvación a un mundo que tiene sed de Dios.

Fraternalmente

Roma 6 de enero del 2002  
Solemnidad de la Epifanía del Señor

fr. John Corriveau  
Ministro general OFMCap

]

Sommario

[“Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma 7](#_Toc470104463)

[“Con sólo tocar su manto, me curaré” 13](#_Toc470104464)

[La liturgia debe modelar toda la vida de la Fraternidad 16](#_Toc470104465)

[CONCLUSIÓN 20](#_Toc470104466)



[www.ofmcap.org](http://www.ofmcap.org)

1. El artículo “Eucharistic Praxis in Ecological Perspective: Prayer Patterns for Capuchins” de fr. Edward Foley, OFMCap (v. *Rewiew for Religious* 60 4, pp. 342-364) considera el papel de la Eucaristía dentro de la visión más amplia de la Iglesia y en el contexto de las demás celebraciones litúrgicas en la fraternidad local. Fr. Edward hace uso de una metáfora ecológica para estudiar nuestra praxis litúrgica y propone una “ecología capuchina de la liturgia”. Se trata de un acercamiento que estimula el pensamiento y la reflexión y sobre el cual nuestras comisiones litúrgicas, a todos los niveles, podrían proseguir el trabajo con fruto. El artículo se ha publicado en italiano en *Italia Francescana* (LXXVI, n. 2, mayo-agosto 2001, pp. 67-96) con el título: “La prassi eucaristica in prospettiva ecologica: Modelli di preghiera per i Cappuccini”; en español en *Estudios Franciscanos* (septiembre-diciembre 2001, vol. 102, pp. 497-522) con el título: “La praxis eucarística en perspectiva ecológica”. [↑](#footnote-ref-1)